

LA IGLESIA EN EL
MUNDO DE HOY

EL VERDADERO AMOR EXIGE QUE EN TODAS LAS SOCIEDADES ENCUENTREN PROTECCION Y FACIL DESARROLLO LOS DERECHOS INDIVIDUALES Y SOCIALES DEL HOMBRE

Importante instrucción pastoral del cardenal primado ante el Día Nacional de Caridad, que se celebra mañana

LA VERDADERA CARIDAD FRATERNA —AÑADE— COMPRENDE TAMBIEN EL RESPETO A LA AUTORIDAD Y LA COLABORACION GENEROSA

Toledo 19. Bajo el título «Caridad y promoción del hombre», el cardenal primado, monseñor González Martín, ha escrito una extensa instrucción pastoral con motivo del Día Nacional de Caridad, que se celebrará en la próxima festividad del Corpus Christi.

Después de analizar el concepto de la caridad como virtud cristiana, cuyo objeto esencial es Dios mismo, el cardenal González Martín explica la finalidad de Cáritas, obra de la Iglesia; subraya la necesidad de satisfacer las nobles exigencias de una mayor elevación del hombre en todos los órdenes, y en los últimos párrafos del documento afirma textualmente:

«Siguiendo en esta línea de pensamiento, aprovecho la invitación que la Santa Sede nos hace al conmemorar el décimo aniversario de la encíclica «Pacem in Terris», para referirme a una exigencia inalienable del amor cristiano: la satisfacción de los derechos humanos legítimos de los hombres. El verdadero amor exige que en todas las sociedades, atendidas, por supuesto, las circunstancias concretas, encuentren protección y fácil desenvolvimiento los derechos que el hombre tiene como individuo, como miembro de una familia y como ser social. Cuanto más se pueda avanzar por este camino, más sólidas y estables serán las bases para una convivencia humana y fraternal. La doctrina que la Iglesia viene predicando en estos años últimos, con la perseverancia propia de su fidelidad y que aparecen en esos

grandes documentos: «Pacem in Terris», «Populorum Progressio», «Gaudium et Spes», «Octogesima Adventiens», merece ser meditadas sin cesar hasta convertirse en norma del comportamiento ético del hombre contemporáneo. Los sacerdotes y las organizaciones eclesiales como Cáritas han de tenerla muy presente si en verdad se quiere lograr que todos juntos trabajemos por un mundo más fraterno.

Más séame permitido añadir una observación, a la que mi conciencia pastoral me obliga. Esos documentos aludidos no favorecen ni intentan fomentar ninguna clase de demagogia, proclaman derechos

y obligaciones, hablan de Dios y del hombre, nos señalan lo que debemos respetar en los demás para que los demás nos respeten a nosotros.

Por el contrario, en muchas predicaciones y escritos que por todos los conductos llegan a los fieles se comprueba hoy una desproporción manifiesta. Casi nadie habla de la obediencia a las leyes, del respeto a la autoridad legítima, de la colaboración con quienes la ejercen para servir al bien común. Ponderando constantemente lo que falta por conseguir, pocos son los que se esfuerzan por recoger lo que ya se ha conseguido. Esto es radicalmente injusto y opuesto a una verdadera ética cristiana. Esto no es amor al hombre, porque la verdadera caridad fraterna en el ámbito de su dimensión social comprende también el respeto a la autoridad y la colaboración generosa con cuanto sirve y ayuda positivamente al hombre, el estímulo y aliento necesarios para que gobernantes y gobernados no se miren como distantes entre sí, sino que se compenetren en el común esfuerzo creador, al que deben contribuir tanto la conciencia crítica de los unos, que ha de ser manifestada con dignidad, como el infatigable y tantas veces difícil esfuerzo de los otros, que debe ser reconocido con nobleza.

Como también se observa un incomprensible olvido de Dios y del hombre... y del hecho de su creación, redención y santificación de los hombres cuando hablamos de la caridad fraterna. Como si fuera suficiente el interés por el hombre, por su condición terrestre, para cumplir con el mandamiento divino. Dicen que Cristo está en los hombres que sufren y que por eso el amar al hermano que sufre ya es amar a Dios. Esto dicho así, sin más, es absolutamente inadmisibles. Cristo está en el pobre, sí, pero si está es porque es. Y Cristo no es el pobre que sufre. Cristo es el Hijo de Dios hecho Hombre para redimirnos a todos, y a Cristo debemos ofrecer como al Padre y al Espíritu Santo la gloria, el honor y la obediencia que, como Dios, le debemos. No sería sincero nuestro amor a Cristo si dejamos de amar al pobre, pero no se reduce el amor a Cristo a amar a los pobres.

El silencio o la omisión de estos aspectos de nuestro mensaje cristiano, hablar de derechos y callar sobre las obligaciones, omitir la referencia a Dios con peligro de reducirlo todo a un nuevo humanismo, es dejar de amar al hombre, porque es engañarle o deformarle».—Luis MORENO NIE-TO.